

# Carta de Berlín

## Antes y después del muro

*Luis Pulido Ritter*

Cuando cayó el muro en 1989, Berlín, la ciudad que fue la capital de Alemania desde 1871 hasta 1945, perdió la particularidad que la había caracterizado desde 1961. Ninguna ciudad del mundo, aparte quizás de las ciudades medievales, que estaban divididas por una muralla, separando el intramuros del extramuros, estaba dividida por un muro de 46 kilómetros de largo que separaba la ciudad en dos mitades: una capitalista democrática Berlín-oeste y la otra socialista Berlín-este. El muro se levantó frente de la mirada de todos. Y en pleno verano: agosto. Separó barrios, gentes, familias. Los socialistas que en aquel entonces, estaban dirigidos por Walter Ulbricht, de común acuerdo con la Unión Soviética, llegaron a la conclusión de que el muro sería la única posibilidad de proteger su recién fundada república a principios de los cincuenta: la República Democrática Alemana. Con el muro, el mundo se concibe y se formaliza en lo que se llamaría *la guerra fría*, es decir, un mundo que funciona por un sistema de bloques y zonas de influencia.

El muro no fue resultado de ningún conflicto. Junto con la crisis de los cohetes en Cuba que, por cierto, ocurre en el mismo año, el muro es el conflicto mismo que se expresó en una tensión permanente, aunque en los años setenta los rivales de la *guerra fría* habían creado la bonita fórmula de la *coexistencia pacífica*. Era una especie de tregua sin haber logrado la paz. Pero con esta tregua en Berlín se justificaba aquel rostro característico que la diferenciaba de cualquier otra ciudad europea: la división de la ciudad. Además, mientras las grandes capitales europeas, París, Londres, Roma, gozaban ya en los años sesenta de una prosperidad económica y de un esplendor que las hacía renacer frente al mundo, Berlín, la antigua capital fundada por los prusianos, quienes lograron la unificación de los múltiples e indisciplinados estados alemanes, era una caricatura de ciudad, donde una parte, Berlín-oeste, caía en una situación gris, en un estado de coma existencial, sin vida económica propia, subsidiada por el resto de la riqueza producida en la república democrática conservadora, pequeñoburguesa, mojigata y recicladora de viejos nazis, creada por Adenauer, y bajo protección (¿u ocupación?) de los países occidentales que triunfaron sobre el

*Dritte Reich* y la otra parte, Berlín-este, nombrada como capital de esa llamada república socialista, cuya particularidad consistía en adoptar y perfeccionar el prusianismo burocrático, bajo una variante extremadamente cuartelaria y autárquica, parecido a lo que el propio Marx en *Das Kapital* había designado como despotismo oriental.

En efecto, inmediatamente después de la guerra, y con la división de la ciudad en zonas de ocupación, Berlín-oeste se convierte en una consumidora de productos norteamericanos, pues los alemanes aprenden a bailar *rock-and-roll* al ritmo de Elvis Presley, hablar en inglés, a vivir en democracia y a tomar coca-cola, y Berlín-este en una consumidora de marchas soviéticas traducidas al alemán para organizar festivales de juventud. Esta ciudad era muy diferente de aquella que en los años 20 y 30 era cuna de vanguardias artísticas y literarias, pero también campo de batalla de la derecha y la izquierda militarizadas, donde en 1918 se levantaron barricadas, que terminó con la derrota de la República de Weimar y el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, preparándose así, en parte, el camino del ascenso nazista en 1933, cuyo alcalde de la ciudad para aquel entonces, valga la pena mencionarlo, era un judíoalemán que tenía un parecido físico con el mujeriego y cinéfilo propagandista del régimen nazista, doctor Goebbels, y que a éste le incomodaba.

Según el dramaturgo húngaro George Tabori, él comenzó a ser judío porque los nazis se lo hicieron saber. Y, efectivamente, en Berlín ser judío es casi pertenecer hoy día a un museo, aparte de la pequeña comunidad de judíos que es muy poco o nada en comparación a la presencia judía en la ciudad antes de que comenzaran las deportaciones hacia los campos de concentración y la solución final en 1941, ordenada por Himmler. En Berlín había dos tipos de judíos. Los de siempre, es decir, los que eran alemanes y que lucharon y murieron en la primera guerra mundial por la cruz de hierro y los del Este, en otras palabras, los judíos pobres de Polonia, los subyugados del reino prusiano que se concentraban en Scheunenviertel, barrio de Berlín este, y que eran fácilmente reconocibles por la policía prusiana por su aspecto físico y su vestimenta. De este barrio no ha quedado nada de los judíos. Ni el nombre. Lo que queda de la cultura judía en Berlín es su sinagoga, reconstruida y abierta al público en 1995, y uno o dos restaurantes judíos en la calle turística Oranienburgerstrasse. Pero, realmente, no existe una comunidad judía incrustada en la ciudad y que sea tan normal que no le llame la atención a nadie. El tema judío en Berlín, por no decir en toda Alemania, sólo es referido en relación a la eterna «culpabilidad» de conciencia y cuando es violada la tumba de algún judío de renom-

bre, como es la de Heinz Galinski, antiguo presidente de la comunidad judía. Por cierto, el último presidente de esta comunidad Ignatz Bubis, rico especulador de inmuebles, y que fue parodiado por el crítico y relativamente vanguardista Rainer Maria Fassbinder, en su pésima e ingenua pieza de teatro *Die Stadt und die Hunde* (*La ciudad y los perros*), no quiso dejarse enterrar en Alemania, pero sí en Israel el año pasado.

Los alemanes caracterizan a los berlineses por el hocico grande que tienen, *die Berliner Schnauze*, que significa que son gritones, bravucones y malhumorados. Y es cierto. En esta ciudad sólo es necesario darle un pequeño codazo a alguien, por casualidad o accidente, y uno puede ir preparándose para el peor de los insultos: *du Arschloch!* (ojo de culo). Sin embargo, a este carácter seco, aburrido y pálido de los berlineses, que es más patente entre los berlineses del Este, pues éstos no tuvieron el privilegio de gozar por tantos años de las vacaciones hacia el Sur de Europa, para adquirir un poquito de ligereza mediterránea, se ha sumado una celebración masiva en los últimos años —novedad para una ciudad de tradición protestante que no conoce carnavales, como las ciudades católicas de Colonia y Munich— que es la *Love Parade*, fiesta donde concurren hasta un millón de jóvenes alemanes y europeos para bailar como *zombies* hasta la madrugada bajo el ritmo monótono de la música tecno y las píldoras *ectasy*.

Berlín parece que es una ciudad de barricadas por una sencilla razón. Cada quien vive en su grupo y en su mundo. Y no hay que olvidar que en Berlín no es necesario jugar al individualista porque, en efecto, la ciudad es el nido de los individualistas, los solitarios, *the singles*. En los bares las edades no se cruzan. Los jóvenes y los viejos están separados. No hay canales de comunicación. Y es que en Berlín, por no decir en Alemania, la separación de los jóvenes con respecto a los mayores es radical. No debe olvidarse que en el 68, aquella generación que quiso conquistar la utopía con un libro de Adorno en una mano y un fusil en la otra, había mantenido la consigna de que no se puede confiar en aquellos que son mayores de treinta años. Para estos jóvenes, Berlín-oeste, a pesar de que estaba regida por el Estado de derecho alemán, era la ciudad paradisíaca donde fumaban sus pitos de marihuana y soñaban la revolución al estilo Rudi Dutschke, aunque de manera paradójica, por vivir en la zona de ocupación norteamericana, estos jóvenes estaban eximidos de cumplir el servicio militar obligatorio. Es decir, los jóvenes —inspirados por el poeta alemán, que treinta años después declara su disidencia con respecto a las ideas izquierdistas, Hans Magnus Enzensberger— gozaban por un lado del atractivo privilegio de no hacer el servicio militar y, por otro lado, organizaban protestas contra el bombardeo que hacían los Estados Unidos contra la patria de su héroe tercermundista Ho Chi Min.